BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO
66083

MEMORIA

SOBRE EL

ASESINATO DEL MINISTRO PORTALES

POR EL JENERAL DON EUJENIO NECOCHEA

ADVERTENCIA

La relacion de la muerte de Portales, escrita por su compañero mas inmediato de prision pocos dias despues del 6 de junio, se habia conservado inédita hasta hoi, a pesar del interes i la curiosidad que siempre despiertan los detalles de un acontecimiento dramático.

Aunque acre i virulenta contra los autores del motin, como no podia ménos de serlo, dada la situacion singular en que se halló su autor, su veracidad está sin embargo, confirmada, aun en los cargos mas graves que formula contra aquellos, por las declaraciones del proceso que se les siguió en Valparaiso.

Muchas de las aseveraciones de la Memoria las oimos al mismo coronel Necochea, en quien era una conviccion fuertemente arraigada que Florin habia recibido órdenes directas de Vidaurre para fusilar al Ministro.

Con el objeto de formarnos una conviccion neta i clara, despues de conocer la Memoria, estudiamos detenidamente el proceso, i por mas que insista en lo contrario el autor de la estensa historia de don Diego Portales (t. 2.° nota de la páj 381), que solo conoció la última pieza, creemos, en vista de ambas, que todas las pruebas de mayor peso que pueden aducirse en la controversia, sirven a dar un fallo condenatorio. La sorpresa de Vidaurre al oir a retaguardia de su línea los tiros que consumaron el asesinato, poco probarian en contrario, porque segun se desprende de toda la relacion del señor Vicuña Mackenna, queriendo la revolucion el atolondrado caudillo i pre-

parándola, al fin no la hizo sino que fué arrastrado a ella por sus ardorosos subalternos.

Insertamos a continuacion de la Memoria dos cartas que la completan, tomadas del proceso i dirijidas a Garrido i Cavareda, en que el coronel Necochea insiste en acusar a Vidaurre de autor principal de la muerte de Portales.

Santiago, marzo 17 de 1874. L. M.

Por mas sensible que me sea hacer la relacion de los acontecimientos que tuvieron lugar a causa del execrable motin militar de Quillota, quiero ocuparme de esta penosa tarea, para dar a conocer muchos pormenores que se ignoran i manifiestan hasta la evidencia, cuál fué el verdadero asesino de la ilustre víctima del Baron. Mi narracion irá desnuda de reflexiones i comentarios, i solo me contraeré a los hechos, que son como sigue:

El 2 de junio próximo pasado a las once del dia, salió de Valparaiso para Quillota, el ministro de la guerra don Diego Portales, acompañado por el teniente don Federico Soto, don Manuel Cavada, yo i nueve hombres de escolta, a cuyo punto llegamos como a las siete de la noche. Alojamos en casa del gobernador don José Agustin Moran, situada en la esquina oeste de la plaza, e inmediatamente estuvieron a visitarle el coronel Vidaurre, el teniente coronel García (don Manuel) el gobernador i don Pedro Mena, a quienes recibió con la jovialidad i agrado tan peculiares de su carácter: pasadas las felicitaciones de estilo i entablada la conversacion, noté mucho embarazo en Vidaurre para contestar a las preguntas que le hacia el ministro sobre el estado de instruccion i disciplina en que se encontraba su rejimiento; mas como hasta entonces no habia tenido la desgracia de conocer a este malvado, lo atribuí a cortedad de jenio i poco desembarazo. Su visita fué corta, pretestando que tenia que dar algunas órdenes, i al despedirse le dijo el ministro: *coronel, le he traido a Ud. una gorra i una espada, aunque no tan buenas como yo desearia*, a lo cual contestó dándole las gracias en medias palabras, i se retiró; hicieron lo mismo poco despues el Gobernador i Mena, i habiendo quedado solos, dijo el comandante García:

señor, yo desconozco enteramente a Vidaurre, vive en una gran ajitacion, no duerme, se lleva paseando en su cuarto la mayor parte de la noche, i cuando ocupa la cama, son tantos i tan fuertes los vuelcos que da en ella, que a cada momento temo que haga pedazos el catre. El ministro guardó silencio, i tomando yo la palabra, dije: *se me ha asegurado que el coronel Vidaurre es un oficial mui delicado i pundonoroso, i siendo así, no es estraño que habiendo recaido en él el nombramiento de jefe de estado mayor, se encuentre afectado con la responsabilidad de un nuevo cargo, pues no es lo mismo mandar un cuerpo, que ser jefe de estado mayor de un ejército en campaña.* Se fué García i en seguida pasamos a recojernos el ministro i yo, i de cama a cama, estuvimos tratando sobre la próxima espedicion, concluyendo nuestra conversacion con estas palabras del ministro: *Necochea, le encargo a Ud. que si con algun oficial del ejército entabla amistad, sea con Vidaurre, tiene las mejores cualidades i aunque parece que desconvienen en carácter, serán buenos amigos.*

A la mañana siguiente nos levantamos mui temprano, i luego que el rejimiento 6 salió a la plaza a hacer ejercicio por compañías, el ministro se colocó en una de las ventanas que tenia vista a ella, i yo salí a recorrerlas para examinar de cerca su instruccion. No fué poca mi sorpresa conociendo que mucha parte de la tropa no habia salido aun de la escuela del recluta, i que ya se aproximaba el tiempo en que debíamos salir a campaña. Vuelto a casa, lo hice así presente al ministro, i me contestó que habia hecho la misma observacion, i que se conocia que se habia perdido mucho tiempo.

Despues de almorzar nos dirijimos al cuartel de cazadores a caballo, que ocupaba el convento de San Francisco, distante dos cuadras de la plaza, i cuando entramos al primer patio, salian del segundo tomados del brazo i mui contentos, los capitanes Vergara i Arrizaga. El sarjento mayor don Juan Manuel Jarpa vino poco despues a encontrarnos, recorrimos con él todo el cuartel que estaba con el mejor arreglo, el ministro fué informándose sobre varias cosas del servicio, i mui particularmente de la fuerza que tenia el rejimiento i la que le faltaba para el completo. Por mi parte convine con el mayor en que a las dos de la tarde montaríamos a caballo, para buscar a los alrededores un campo a propósito en que desde el dia siguiente pudiese trabajar montado el rejimiento. Desde ahí pa-

samos al del núm. 6, que está situado en la plaza, en el convento de Santo Domingo, donde encontramos a Vidaurre distribuyendo a las compañías de su cuerpo, una partida de reclutas que acababa de llegar, cuya operacion le mandó suspender el ministro, encargándome que separase los hombres que considerase útiles para la caballería, i los remitiese a cazadores, como lo verifiqué. Regresamos en seguida a nuestro alojamiento, i el resto de la mañana lo empleó el ministro en recibir visitas i escribir algunas comunicaciones oficiales.

Despues de la una, dispuse que me ensillaran caballo para ir a buscar al mayor Jarpa, con el objeto que he indicado ántes, i cuando me disponia a montar me preguntó el ministro a dónde me dirijia, i habiéndoselo dicho, me previno queria lo acompañase a la revista que iba a pasar al rejimiento núm. 6, por cuyo incidente caí en manos del alevoso Vidaurre.

Ya estaban formadas algunas compañías del rejimiento en la plaza i serian las dos de la tarde, cuando salió el ministro de su casa con el teniente Soto, Cavada i yo, con direccion al cuartel del 2.° batallon, donde se hallaba Vidaurre que casi instantáneamente salió a la plaza. Despues de largo rato vino un ayudante a avisar que el rejimiento ya estaba formado, i el ministro pasó entónces a la cabeza del 1.er batallon i siguió recorriendo todas las compañías sin hacer ninguna observacion, hasta que habiendo llegado a la de granaderos del 2.°, le dijo a Arrizaga que la mandaba: *capitan, tiene Ud. una hermosa compañía*, i él le contestó: *esta compañía está a la disposicion del señor ministro*, i a lo cual le dió las gracias, i continuó hasta llegar al costado izquierdo del batallon, donde hicimos alto.

Vidaurre, que no habia acompañado al ministro en el acto de la revista, mandó entónces que el rejimiento desfilase por el flanco derecho, i dió esta voz sin prevenir antes que la tropa pusiese armas al hombro, cuando se encontraba descansando, lo que comprueba la perturbacion en que se hallaba. El rejimiento comenzó un movimiento circular al rededor de la plaza, i cuando el 2.° batallon habia enfrentado a la puerta de su cuartel, cambió de direccion para introducirse en él; mas inmediatamente recibió órden de seguir los movimientos del 1º, que vino a pasar por la retaguardia de nosotros, que ocupábamos el ángulo sud-oeste de la plaza. Habiendo pasado ya el 1.er

batallon i parte del 2.°, las compañías 3ª i 4ª i cazadores de éste, formaron simultáneamente un cuadro imperfecto que nos dejó en medio, i mandando preparar apuntaron sobre nosotros: en estas circunstancias dije al ministro: *este, a la verdad, es un ejercicio bien estraño*, i por toda respuesta recibí una mirada de intelijencia i desconsuelo. El capitan Narciso Carvallo tomó entónces la palabra, i con gran arrogancia i desfachatez dijo: *dése Ud. preso, señor ministro, pues así conviene a los intereses de la república*, i dirijiéndose a la tropa: *muchachos, seamos jenerosos, retiren armas*, i se aproximó a nosotros, que conservábamos aun alguna esperanza, observando que el capitan Arrizaga se acercaba a toda carrera con su compañía, i cuya llegada no sirvió sino para confirmarnos en nuestra deplorable situacion, pues este miserable que poco antes habia ofrecido sus servicios al ministro, le abocó dos pistolas al pecho intimándole rendicion, al mismo tiempo que Carvallo me pedia la espada en que estaba refundido todo mi orgullo militar, como que jamas habia servido de trofeo a ningun enemigo.

En estas circunstancias, el infame i fementido Vidaurre, tratando aun de cohonestar su traicion, empezó a gritar: *qué tumulto es ese?* i Carvallo le contestó: *señor coronel, si no quiere Ud. entrar con nosotros en el movimiento, se pierde, no se comprometa;* a lo que replicó aquel malvado: *señores, estoi con Uds., viva la República! no mas tiranos!* cuyas voces se hicieron repetir al rejimiento, mientras nos conducia por medio de la plaza una fuerte escolta a bayoneta calada i las armas preparadas, con tal atropellamiento que me rompieron la casaca en la espalda; i entonces observé que el comandante García i Vidaurre cruzaban sus espadas, lo cual provino, segun se me ha dicho despues, de que el último le pedia la espada a aquel digno oficial, que en cambio le prodigaba los epítetos irritantes de traidor, infame i vil asesino. El gobernador Moran i don Pedro Mena habian sido arrebatados de sus casas al mismo tiempo por una partida de soldados con igual, intencion e incorporados a nosotros en el tránsito, fuimos todos conducidos a la casa de ejercicios, donde nos encerraron en un cuarto inmundo do, sin mas luz que la que daban los malos ajustes de la puerta.

Tan luego como estuvimos solos, dije al ministro: *qué tal el amigo que me queria Ud. dar anoche;* a lo que me contestó: *no*

hablemos de lo pasado, pensemos en lo futuro; i tal era el alucinamiento que tenia este grande hombre por el ingrato que lo habia traicionado, que continuó diciendo: *desgraciado pais! hoi se ha perdido cuanto se ha trabajado por su mejoramiento; Vidaurre tiene talento i es capaz de llevar a cabo la revolucion que ha comenzado. Por lo que hace a mí, no podia haberme venido este golpe en peores circunstancias, porque mis negocios están en el mayor desgreño, habiéndolos abandonado enteramente por el servicio público; mas a pesar de esto, en cualquiera parte donde nos destierren no nos faltarán medios de subsistencia.*

El teniente Soto i Cavada habian quedado retenidos en la guardia que nos custodiaba, i el último, mediante las relaciones íntimas de amistad que tenia con Vidaurre i Carvallo, que era el oficial de guardia, no solo consiguió que nos introdujesen la comida i nuestras camas, sino tambien licencia franca para ir a casa a traernos cigarros i alguna ropa; de cuya ocasion favorable para ocultarse no quiso aprovecharse, aguardando sin duda podernos prestar algunos otros servicios, i que este drama no tendria para él un desenlace funesto.

Miéntras comimos, estuvo abierta la puerta de nuestro calabozo, i como se aproximase a ella Carvallo, el ministro lo invitó a que nos acompañase con mucha jovialidad, i no habiendo admitido, le pidió mandase decir al coronel Vidaurre que deseaba hablar con él. Luego que se retiraron los criados, se nos encerró nuevamente i no se volvió a abrir la puerta hasta que despues de oraciones, se apareció el teniente Silva haciendo llevar luz, i dos barras de grillos por unos soldados, i dirijiéndose a mí, me intimó la órden que tenia de hacerme poner una de ellas; oido lo cual por el ministro, dijo: *malo seria que pudiendo tenerme con seguridad sin grillos, me los pusiesen por mortificarme; mas que se los pongan al señor, que no tiene ningun jénero de compromiso, es una cosa horrible.* Silva se disculpó diciendo que esta era la órden que habia recibido, i yo, sin hablar palabra i con la indignacion consiguiente a un tratamiento tan inícuo, me senté en la cama para que este delicado oficial llenase cuanto ántes la honorífica comision que se le habia confiado. Concluida la operacion conmigo, pasaron a ejecutarla con el ministro, i el honrado cabo Uribe, que llevaba los grillos, al presentar aquel las piernas para que se los pusie-

sen, dijo en palabras bien perceptibles: *esto no puede ser*, dando al mismo tiempo un fuerte suspiro, por cuya razon lo hizo retirar con enfado Silva, i nombró otro para que lo reemplazase.

Miéntras sucedia todo esto en nuestra lóbrega prision, Vidaurre,—que ya habia logrado reunir al movimiento revolucionario el rejimiento de cazadores a caballo, i dado el mando de este cuerpo al capitan Vergara, por no haber podido reducir, a pesar de las ofertas mas lisonjeras, a los fieles i dignos oficiales del mismo, sarjento mayor don Juan Manuel Jarpa i capitan graduado de mayor don Melchor Noguera, a quienes hizo poner presos e incomunicados, juntamente que al comandante Olavarrieta, adicto al estado mayor,—preparab una division de 400 hombres que al mando del capitan Ramos salió antes de oraciones a sorprender a Valparaiso, a cuyo efecto habia hecho tomar desde temprano todas las avenidas para aquel punto.

Mas, afortunadamente este proyecto no debia realizarse, porque un soldado de los que componian la escolta del ministro, i estaba al cuidado de nuestros caballos, luego que estalló la revolucion, salió precipitadamente para Valparaiso i fué el primero que hizo saber ahí esta triste nueva. Casi al mismo tiempo marchó para Aconcagua una partida de 25 cazadores a caballo, a cargo de un hermano del capitan Vergara, que no tenia ninguna graduacion militar, a fin de aprehender al Intendente i conmover aquella provincia, i se remitieron propios en varias direcciones anunciando la revolucion que se habia efectuado.

Tomadas ya estas medidas, procedió Vidaurre a formar una acta que firmaron todos los oficiales que se encontraban en Quillota, con escepcion de los comandantes García i Olavarrieta, el sarjento mayor Jarpa i el capitan Noguera. En ella se espresaban las causales que habian dado motivo a la revolucion, comprometiéndose los suscritos a no dejar las armas de la mano hasta haber derrocado al gobierno legalmente constituido, cuyo acto se celebró con muchos brindis i borrachera, siendo uno de los mas exaltados en aquella reunion, el comandante del resguardo de Valparaiso don José Agustin Vidaurre, que aquella tarde, despues de efectuada la rev[illegible]-

cion, se habia presentado a caballo en medio de la plaza, vestido de huaso, i, segun se dijo despues, habia estado oculto en el mismo Quillota desde la noche, ántes, lo que comprueba a no dudarlo, que la revolucion estaba combinada con antelacion entre los dos hermanos.

Pasamos la noche en contínua vijilia, i no sin sobresalto, temiéndolo todo de un malvado en cuya alma depravada no se encontraba ningun sentimiento de gratitud, honor ni delicadeza; mas, afortunadamente no hubo novedad. Al toque de diana se nos presentó el teniente Silva, trayendo la órden de hacernos quitar los grillos i poner en libertad a los señores Mena i Moran, i esta medida nos hizo concebir alguna esperanza por nuestra suerte futura; mas a las 8 volvió nuestro carcelero, a hacerle poner otra vez los grillos al ministro, i a prevenirnos que estuviésemos prontos para marchar.

Desde mui temparno tocaban llamada en el cuartel del 6º i se sentia mucho movimiento tanto en la tropa que nos custodiaba, como en la calle; a las 9 abrieron la puerta de nuestra prision, i entró un sarjento, por sobrenombre *Alegría*, a decirnos que saliésemos, i como estuviese el ministro sin corbatin, trató de ponérselo, mas este miserable le dijo con gran insolencia: *si no sale Ud. pronto yo lo haré salir*, e hizo el ademan de aproximársele, en vista de lo cual i no queriendo el ministro esponerse a un nuevo i mayor insulto, se puso en marcha apoyándose en mi brazo i con el corbatin en la mano hasta la puerta de la calle, donde nos encontramos con el mismo birlocho que nos habia conducido de Valparaiso, el teniente Soto i Cavada a caballo, i el capitan Carvallo con su compañía para custodiarnos.

Luego que montamos al birlocho, empezó nuestro incierto viaje entre un cuadro de tropa, i mui pronto alcanzamos la retaguardia de la columna, fuerte como de 800 hombres, al mando del sarjento mayor Toledo.

Al pasar por la plaza el birlocho, mi criado tuvo la advertencia feliz de suplicar al gobernador me entregase, como lo hizo, un envoltorio que contenia cigarros i un bolsillo con veinte i tantas onzas, i este inesperado auxilio lo consideré bajado del cielo en aquellas aciagas circunstancias, porque al menos asegurábamos nuestra subsistencia por algun tiempo cuan-

do no sabíamos cuál seria nuestro paradero. Inmediatamente le pregunté al ministro si llevaba dinero i habiéndome contestado que nó, le pasé el que habia recibido con mucho disimulo por la espalda.

De la plaza tomamos la calle que conduce al camino de Valparaiso, donde se encontraba la mayor parte de la poblacion de Quillota, i debo decir en honor i por reconocimiento a este benemérito vecindario, que a nuestro tránsito no solo no recibimos ningun insulto, sino que en la mayor parte de los semblantes estaba pintada la conmiseracion i sentimiento que les causaba nuestra desgracia.

En nuestra marcha no ocurrió ningun accidente notable, hasta las 3 de la tarde en que vimos que la columna se desplegaba en batalla en una gran llanura, distante como 2½ leguas de Tabolango, i que haciéndome bajar del birlocho me entregaron a una guardia particular de 4 hombres i 1 cabo, que debia custodiarme en el centro del cuadro.

Estas medidas las tomó Toledo luego que recibió la noticia que la division Ramos, habiendo sido rechazada en Valparaiso, era perseguida en su retirada; i a la verdad, no eran las mas acertadas, cuando debia considerar que aquella division estaba comprometida, i solo podia lograr su salvacion por la rapidez de su marcha siendo cargada con fuerzas superiores. Despues de un alto de una hora, en que nada se hizo, continuamos nuestro viaje; i cuando habíamos andado como dos cuadras, el ministro llamó a Carvallo i le dijo: *capitan, le suplico a Ud. haga montar a caballo al coronel Necochea, tiene una herida en una pierna que no le permite andar a pié.* Carvallo le ofreció hacerlo así; pero no lo cumplió, porque me hicieron seguir del mismo modo hasta llegar a Tabolango, en donde alojamos mui entrada la noche.

Vidaurre permaneció en Quillota la mayor parte del dia, tomando algunas disposiciones i haciendo las mas vivas diligencias para completar de caballos al rejimiento de cazadores, que no se habia movido de aquel punto por esta falta, así es que el capitan Vergara pudo sin el menor embarazo haber prestado a la República el servicio importante de asegurar a este malvado; pero aunque la revolucion no hubiese terminado por este medio, la sola aprehension del caudillo habria causa-

do un desaliento jeneral en los amotinados, i sobre todo habria sido una verdadera garantía para asegurar la vida del ministro; pero este oficial depravado, que ya habia faltado a su deber uniéndose a la revolucion i que solo obraba segun las circunstancias para conservar su empleo, no se aprovechó de esta ocasion favorable que le presentaba la suerte para hacer su fortuna, i tan luego como llegó a Tabolango con su rejimiento i tuvo noticia del descalabro de la division de Ramos, renunciando a sus nuevos compromisos, se retiró por la izquierda con todo el rejimiento para situarse en un punto, donde aguardando los resultados de la próxima lucha, pudiera unirse al vencedor.

Cuando llegamos a Tabolango, el birlocho en que venia el ministro paró a las inmediaciones de unos ranchos, i nosotros pasamos a alojar en un altillo pedregoso inmediato, donde pasamos la noche con la incomodidad consiguiente a nuestras duras camas i la estenuacion de nuestros estómagos que no habian recibido ningun alimento desde la tarde del 3 en que fuimos aprehendidos.

Luego que amaneció el dia 5, dándole algun dinero al cabo que tenia a mi inmediacion, conseguí un poco de agua caliente que procuré partir con el ministro, a quien consideraba con igual necesidad a la que yo sentia; mandándole un chambado con un soldado, i lo mismo hice mas tarde con alguna carne asada, única comida que tomamos en nuestro desgraciado viaje, porque es preciso decirlo, aunque con rubor, que en toda aquella reunion de oficiales, no hubo ninguno a quien la conmiseracion, calidad tan propia de las almas nobles i jenerosas, o moviese a ofrecernos un bocado de pan en la estrecha incomunicacion que sufrimos.

A las 7 salió Vidaurre a caballo a recorrer la línea, i se sintieron algunos vivas, aunque no con el entusiasmo de Quillota. Poco despues de las 9 me condujeron al birlocho, i tan pronto como me vió el ministro, me dijo con la mayor conmocion: *amigo mio! qué falta me ha hecho Ud! anoche creí que se me pegaba la lengua al paladar; ojalá que no nos vuelvan a separar!* Despues que estuve a su lado, continuó: *anoche ha habido una reunion de oficiales presidida por Vidaurre, a la que me hicieron asistir; en ella me han insultado i ofrecido fusilarme, se han valido*

de cuantos medios estuvieron a sus alcances para obligarme a que escribiese a Valparaiso ordenando la rendicion de aquel punto, i despues de haberme negado fuertemente, convine en ello considerando que por este medio ganarian tiempo para prepararse a la defensa o salvar aquellos artículos que sea conveniente trasportar al sur; Vidaurre, al separarse, me ha dicho que el dado ya estaba tirado.

Entre tanto se disponia la marcha i pronto nos pusimos en movimiento, siguiendo siempre el camino de Valparaiso. En el dia no hubo ninguna novedad, i solo advertimos que se hacian repetidos altos, con el fin sin duda de retardar la marcha. Entrada la noche, ésta fué mas continuada i llegamos a Viña del Mar a las 12, i ahí permanecimos hasta la 1. Aquí observamos bastante desórden en la tropa i mucho mas en la oficialidad que estaba ébria en jeneral, lo que no habia sucedido hasta entónces. En aquella circunstancia se aproximó el capataz del birlocho a preguntarle al postillon si los caballos iban en buen estado, i aprovechando esta ocasion, dándole dinero, le supliqué nos buscase alguna cosa de comer i se prestó a ello con tan buena voluntad i eficacia, que en poco tiempo estuvo de vuelta trayendo dos gallinas. El ministro tomó una de ellas i arrancándole una pierna se puso a comerla con mucho apetito, a pesar que por lo cruda que estaba, a mí no fué posible imitarlo, aunque sufria una hambre rabiosa, i de aquí puede deducire la estrema necesidad que sentia este hombre tan digno como desgraciado.

Emprendida de nuevo la marcha i despues de haber andado como una legua, sentimos al frente un pequeño tiroteo i lleno de satisfaccion dije al ministro: *se defienden en Valparaiso;* mas nada me contestó; poco despues, haciendo alto i viendo que se presentaban ocho hombres al frente del birlocho i que Florin ordenaba al postillon quitase los caballos, le dije únicamente: *señor don Diego, nos fusilan; poco tiempo hemos sido amigos en este mundo; elevemos nuestro espíritu a Dios i vamos a reunirnos para siempre a la patria celestial. Celebro que haya Ud. conocido que Necochea era su verdadero amigo;* a lo cual me contestó: *no me hable Ud. de eso porque me contrista demasiado;* i yo le repliqué: *de qué hablaremos en este momento sino de ratificarnos nuestra amistad;* entonces me tomó la mano sin decir palabra, nos la apretamos fuertemente, i uno i otro nos recojimos para prepararnos a

morir. No sin sorpresa notamos algun tiempo despues que la tropa se retiraba i ponian otra vez los caballos al birlocho para continuar la marcha, i habríamos andado como dos o tres cuadras, cuando dije al ministro: *¿quiere Ud. que fumemos talvez el último cigarro?* diciéndome que sí, saqué fuego i nos pusimos a fumar; mas con una voz de trueno gritó Florin detras del birlocho: *voi a hacer que acaben de pitar estos caballeros;* i creyendo que era llegado ya nuestro último momento, dí con el codo al ministro i uno i otro tiramos los cigarros. Habíamos adelantado como media legua despues de estas ocurrencias, cuando tuvo lugar otro tiroteo algo mas fuerte que el primero, en que fué mortalmente herido el capitan Arrizaga. Llegados a este punto, para siempre funesto, hicimos alto i casi al mismo tiempo se aproximaron dos oficiales que estuvieron hablando con Florin como a cincuenta varas al frente del birlocho, i luego que éstos se retiraron, llamó al sarjento Espinosa i lo remitió a la columna, de donde no volvió hasta despues de algun tiempo, trayendo sin duda la confirmacion de la órden abominable que habian conducido los dos oficiales, pues luego que habló con él, gritó Florin: *baje el ministro*, quien con una resolucion estraordinaria i tratando de incorporarse, contestó: *vengan dos hombres a bajarme*, los cuales acudieron inmediatamente i trataron de ayudarlo con mucha consideracion, porque viendo uno de ellos que al bajar se le caia la capa de los hombros, le dijo al otro: *la capa*, i Florin respondió: *para qué quiere capa*, i sin ella lo llevaron como a cuatro varas de la rueda derecha del birlocho, en seguida vino un soldado diciéndome de parte del ministro que le mandase un pañuelo que estaba en la esquina del birlocho, de donde lo tomé i entregué al soldado, luego gritó nuevamente Florin: *salga Cavada*, i un instante despues se oyó un tiro que quitó la vida a este infeliz, en circuntancias que corria a tomar la barranca de la mar. Inmediatamente renovó la voz Florin, que repitió por tres veces: *tírenle seis, carajo!* i casi al mismo instante dos tiros sucesivos, i por último se oyó una mezcla horrible de bayonetazos i quejidos reprimidos que despedazan aun mi corazon, prolongándose de tal modo esta abominable i lastimosa escena, que uno de los soldados inmediatos a los caballos del birlocho, gritó a los asesinos: *rejistrenlo a ver si tiene*

reliquias, por la persuasion en que está nuestra plebe de que los que las cargan se retardan mucho en morir.

Así dejó de existir el 6 de junio de 1837, a las 3¼ de la noche, en el lugar llamado la Cabritería, mi digno amigo, el esclarecido ministro de la guerra don Diego Portales, ese jenio estraordinario que dió a su patria respetabilidad i órden, a pesar de las contradiciones de todo jénero que se le presentaron para llevar adelante el vasto plan de reforma que logró establecer i que hoi forma su gloria i el engrandecimiento de la República.

Aquí deberia concluir esta funesta relacion de tantos crímenes i horrores, si no la destinase a mis amigos i mui particularmente a mis hijos, a quienes quiero instruir de todos los hechos que ocurrieron desde la muerte de la ilustre víctima hasta mi incorporacion a la division de Valparaiso, porque no careciendo de interes, descubren muchos de ellos al verdadero asesino, a ese monstruo de ingratitud i perfidia que con mano alevosa despedazó el corazon del amigo jeneroso que con su influencia, no solo lo habia engrandecido, sino tambien lo habia salvado del condigno castigo que merecian sus maquinaciones i crímenes anteriores.

Despues que Florin habia llenado la detestable comision que se le habia confiado, tan análoga a su carácter ruin e inhumano, llamó en alta voz al sarjento Espinosa i le dijo: *vaya Ud. a llevarle estas pistolas al coronel i entreguéselas en mano propia*, a lo cual le contestó el sarjento: *señor, tengo estropeado un pié, puede Ud. mandar al cabo F.*, i este fué efectivamente el conductor.

Poco despues vino el teniente Soto a ocupar en el birlocho el asiento que habia tenido el ministro, i temblando de piés a cabeza, me dijo en voz baja: *a don Manuel tambien lo han muerto;* mas yo continué guardando el silencio en que estaba a su llegada, porque todo me era indiferente en aquel momento de desolacion i dolor.

Retirándose Florin del lugar de los asesinatos, donde seguramente habria estado entretenido en robar a aquellas infelices víctimas de su barbarie i depravacion i envilecimiento, se aproximó a caballo al birlocho por el lado en que yo estaba, i dirijiéndose al teniente Soto, le dijo: *¿quiere Ud. tomar partido con*

nosotros? a lo cual contestó éste: *bien, señor;* i como le exijiese que fuese a hacerse cargo de una mitad, buscó entónces una respuesta evasiva i le dijo: *será ahora despues;* en seguida tomó Fiorin nuevamente la palabra i me habló en estos términos: *coronel, los chilenos no olvidamos los servicios que ha prestado Ud. al pais, i aunque ha sido Ud. intendente, no se le seguirá ningun perjuicio.* Mi contestacion fué: *cuando yo estuve de intendente no hice males sino bienes,* e inmediatamente me agregó: *¿no quiere Ud. tomar partido con nosotros?— No señor,* le contesté, *jamas he tomado parte en guerras intestinas;* i como comenzase a repetir *intestinas, intestinas,* comprendí que no conocia el significado de la palabra, i proseguí: *nunca me he mezclado en guerras civiles, i si ahora habia vestido nuevamente el hábito militar era para llevar la guerra al estranjero, i por lo tanto no admito el partido que Ud. me propone.* Esta respuesta, que yo aguardaba me costaria la vida, me captó sin duda la voluntad cruel de aquel asesino, pues con mui buen modo me dijo: *es necesario que se baje Ud., porque la columna se ha movido a la izquierda i no hai camino para el birlocho.* Yo cumplí con lo que me mandaban, i él ordenó al postillon me entregase un caballo ensillado, i marchando en el cuadro para tomar la retaguardia de la columna, me dijo estas precisas palabras: *coronel, yo me he visto en la necesidad de fusilar al ministro, pues como Ud. sabe, en la milicia el soldado obedece al cabo, el cabo al sarjento, el sarjento al oficial, i el oficial a su jefe, i yo cómo no habia de obedecer a mi coronel que es mi padre, mi protector i a quien se lo debo todo? no digo fusilar al ministro, un brazo que me hubiese pedido, se lo habria dado.* Yo permanecí mudo i horrorizado con una revelacion semejante, que confirmaba todas mis sospechas, i mucho mas aun encontrándome al lado de aquel ser degradado i prostituido, ciego instrumento de todas las alevosías i perfidias de su indigno padre i a quien consideraba empapado en la sangre querida de mi amigo. Desde ese mismo momento resolví fugar tan luego como se presentase ocasion para unirme a la division de Valparaiso, i tomar venganza de aquella horda maldita de cobardes forajidos, contando con que mis fuerzas, léjos de haberse disminuido i agotado por tantos sufrimientos, habian recibido un nuevo incremento con la exaltacion de mis pasiones.

Cabalgando ya a retaguardia de la columna llegaron algu-

nos oficiales que no conocí a hablar con Florin, i poco mas tarde el capitan Narciso Carvallo, en quien no hice alto, hasta que me dijo: *coronel, esta espada de Ud. me está incomodando i le estimaria me quisiese aliviar de este peso*, a lo que le contesté: *capitan, encontrándome preso, tanto me vale tener espada como no tenerla, pero si el capitan Florin lo permitiera, la recibiré con mucho gusto.* Florin convino, i yo tomé mi espada con una complacencia indecible, pues era lo único que me faltaba para llevar adelante mi proyecto.

Era poco mas de las 5½ cuando mandó Florin a un soldado que le ensillase un caballo que llevaba de tiro, i antes que concluyese esta operacion vino otro a pedirlo de parte de Vidaurre, i este fué para mí el anuncio de la aproximacion del ataque, que deseaba se verificase cuanto antes, calculando las mayores dificultades que tendria que vencer para fugarme de dia. A los tres cuartos, el *Arequipeño* i algunas cañoneras que se habian aproximado a tierra por aquella parte, empezaron a jugar su artillería sobre la columna; afortunadamente, la mayor parte de las balas venian dirijidas a la retaguardia, con cuyo motivo lá tropa que formaba el cuadro, reuniéndose en corrillos, abrió claros, i a mí me fué posible salir de él llevando mi caballo de la brida. Cuando me hube separado alguna distancia, despues de haber andado doce o catorce varas, me tiré a tierra para observar mejor los movimientos i así permanecí, hasta que dando las seis en el reloj de Valparaiso, rompió el fuego la cabeza de la columna i dió un grito jeneral toda ella que me hizo conocer el falso ataque que emprendia aquel indigno jefe, tan ignorante en su oficio como avezado en el crímen, pues que dirijiéndose en columna jeneral de tres batallones sobre un punto fuerte, rechazada la cabeza quedaria envuelta toda ella, como sucedió, i por lo tanto sin perder un instante me encaminé a unas mulas que estaban cargadas i montando ahí, salí corriendo cuanto daba mi mal caballo, formando una diagonal hácia el costado derecho de la línea de Valparaiso, por cuyos fuegos me dirijia. Por mi desgracia el caballo perdió mui pronto las pocas fuerzas que tenia, i me fué forzoso abandonarlo para correr a pié la distancia que me faltaba. Entre tanto observaba con satisfaccion que se desprendian muchos bultos a caballo de la [illegible] de la columna para la re-

tagnardia, i que sus fuegos, que desde el principio habian sido flojos, iban disminuyendo gradualmente. Luego que llegué a la barranca opuesta a la que ocupaba nuestra línea, creí que mui luego me reuniria a ella; pero encontré dificultades invencibles para bajar, i al fin vine a hacerlo en medio de mis apuros por una quebrada lateral, tomándome de unos quilos que cubrian una gran profundidad i que no conocí hasta que el peso de mi cuerpo vino a manifestarla cuando ya no habia remedio; felizmente descendí sin hacerme mal i ya me creia fuera de todo peligro, cuando sobrevino un incidente que me puso en los mayores conflictos. La cabeza de la columna de los sublevados, como lo habia previsto al tiempo de mi fuga, habia sido rechazada a las inmediaciones de la boca de la quebrada i alguna tropa dispersa subia por ella a tiempo que yo la atravesaba, así fué que al sentir ruido por la parte de abajo del punto donde me encontraba, calculé lo que debia ser i me consideré perdido sin remedio. Mi primer paso fué sacar la espada i tirarme a tierra, i en seguida traté de quitarme la charretera izquierda; mas luego dije: tanto vale morir con charreteras como sin ellas. Un momento de reflexion me dió la idea de finjirme de ellos, i empecé a gritar a media voz: *muchachos, arriba, a reunirse*, i sucesivamente fueron llegando de diez i seis a veinte hombres que al paso me decian: *vamos mi coronel*, i yo les contestaba: *estoi mui cansado, ya los alcanzo*. Cuando los últimos estuvieron como a una cuadra de distancia, levantándome precipitadamente crucé la quebrada i pasando un pequeño estero con el agua a la rodilla, empecé a trepar la pendiente opuesta que me faltaba para llegar al término deseado, haciendo esfuerzos estraordinarios para no perder el terreno que ganaba. Estaria ya a mas de media falda, cuando los soldados conocieron el engaño que les habia hecho i me tiraron algunos tiros, pero ya era tarde.

Al fin me aproximé a la cima con tal fatiga i cansancio que si hubiese tenido que andar media cuadra mas, me hubiera caido muerto, i empecé a gritar para hacerme conocer de los que guardaban aquel punto, que no me habian sentido, e inmediatamente bajaron varias personas a recibirme, rebosando entusiasmo i alegría, que se estinguió tan luego como recibieron la fatal nueva de la muerte del desgraciado ministro. El

coronel peruano Destua, a quien merecí mucha atencion, me proporcionó inmediatamente su caballo para que fuese a buscar al jeneral Blanco que se encontraba a las inmediaciones del Baron, cuyo señor, luego que me vió, me preguntó por la suerte que habia corrido el infortunado ministro, i habiéndole contestado a este respeto, proseguí: *Jeneral, con lo que Ud. tenga, marche sin pérdida de tiempo sobre los sublevados, van deshechos, probablemente sin oficiales, porque en mi fuga he visto salir muchas personas a caballo de la columna corriendo precipitadamente a la retaguardia.* El jeneral, aprovechándose de este aviso, se puso en movimiento al instante i yo lo fuí acompañando alguna distancia, dándole las noticias que creí oportunas; mas considerando que mis servicios eran innecesarios porque ya estaba todo concluido, que mis fuerzas se hallaban completamente agotadas, i sobre todo que nos aproximábamos al sitio fatal en que debia encontrarse el cadáver despedazado i sangriento de mi querido amigo, cuya vista me habria sido irresistible, solicité permiso para retirarme i buscar en la soledad el desahogo que necesitaba mi corazon oprimido por tanta desgracia.

Quillota, julio 16 de 1837

CARTAS A LOS CORONELES GARRIDO I CAVAREDA

Señor don Victorino Garrido.

Quillota, junio 19 de 1837.

Mi distinguido amigo:

Acabo de recibir su apreciable de ayer, ahora que son las 10, i en su virtud, digo a Ud. que no se encuentran aquí el sarjento Espinosa, ni los dos cabos que concurrieron a la ejecucion de nuestro caro amigo.

Por una carta que ha recibido García de Garrido, le dice que Florin, en el careo con Vidaurre, ha dicho que fusiló a nuestro amigo sin órden de éste; si es así, pregúntesele a Florin qué oficial vino a hablar con él, despues de arrollada la primera avanzada, siendo entónces cuando nombró al sarjento, dos

cabos i un soldado por su nombre i los coloco frente al birlocho, haciendo quitar el caballo que iba cuarteando en la derecha, como para fusilarnos en aquel momento. Diga tambien qué otro oficial trajo órdenes i habló con él despues de arrollada la segunda avanzada, i por qué entónces i no ántes llegó al birlocho, i dijo: *baje el ministro,* a lo que contestó éste: *vengan dos hombres a bajarme,* i en seguida, lo fusilaron; preguntándole tambien con qué motivo tenia las pistolas de su coronel, que inmediatamente despues de fusilado el señor ministro, trató de remitírselas por el sarjento, encargándole que se las entregase en mano propia, i que habiéndose negado a llevarlas el sarjento, diciendo que estaba enfermo de un pié, las remitió con un cabo, dándole el mismo recado. Diga tambien quién fué el que vino a hablar con él a retaguardia de la columna, al poco rato de haber remitido las pistolas.

Todo esto es tan cierto que no tengo la menor duda para afirmarlo, bajo los juramentos que sean precisos. De donde resulta que si Florin no ha fusilado a nuestro querido amigo por órden de Vidaurre, ha sido por la de algun otro, aunque haberle dado un pistoletazo i devuéltolas Florin, despues del atroz asesinato, prueba hasta la evidencia que se las habia dado para que en cualquier caso lo ultimase. A mas, cuando nuestro querido amigo tuvo su entrevista con Vidaurre i escribió la carta en Tabolango, fué amenazado por los oficiales de ser fusilado, i Florin le dijo que él lo habia de hacer; Vidaurre le dijo, segun me refirió él mismo, que ya el dado estaba tirado.

¡Ah! querido amigo! se confunde la imajinacion del hombre, al ver la supercheria infame i miseria del monstruo Vidaurre; aun en el mismo momento de hacer la revolucion i que fuimos aprehendidos, hizo el miserable papel de no estar al cabo de ello, i en seguida, haciendo que los oficiales lo invitasen a tomar parte i nos prendiesen, dijo: *"Estoi con Uds., viva la República! ¡No mas tiranos!*

Eujenio Necochea.

Señor don Ramon Cavareda.

Quillota, junio 22 de 1837

Mi distinguido amigo i señor:

Remito a Ud. al cabo Juan José Gonzalez i al soldado Antonio Cornejo, que concurrieron al asesinato de nuestro dignísimo amigo: les he ofrecido que no se les seguirá ningun perjuicio, como a instrumentos ciegos de la obediencia militar; que pasan a declarar para que el mundo todo se convenza que el infame Vidaurre mandó asesinar a su bienhechor i padre. Ellos dicen que el capitan Uriondo fué el primero que trajo la órden, cuando despues de arrollada la primera avanzada, Florin nombró al sarjento, dos cabos i un soldado para fusilarnos, i que la segunda, cuando lo asesinaron horrorosamente, la trajo el teniente Manuel Antonio Sotomayor, i que el teniente o ayudante Silva tambien trajo órden, i últimamente, que el ayudante Manuel Perez fué el que mandó Vidaurre a preguntar qué tiros se habian sentido a retaguardia, i con prevencion de que no se tirasen otros.

El cabo Gonzalez fué el comisionado por Florin para entregarle al infame las pistolas, despues de cometido el asesinato, lo que prueba hasta la evidencia que este caribe habia encargado ultimarlo en cualquier caso.

Pido encarecidamente que no se les siga ningun perjuicio a estos individuos, interesando para ello mi ningun valimiento. Ellos, con la mejor voluntad, nos facilitaron en nuestra marcha la agua que necesitabamos i estoi seguro que se resistieron al principio a cometer un acto tan bárbaro e inhumano, como se deja ver cuando Florin tuvo que mandarles tres veces consecutivas que le tirasen, como yo lo he oido.

EUJENIO NECOCHEA.